

El cautiverio femenino como frontera de lo humano en *La apropiación* (2014) de Ignacio Apolo y *Cautivos* (2018) de Cecilia Pagani

Lucila Rosario Lastero
Universidad Nacional de La Plata
lucilastero@hotmail.com

Recibido: 21-03-2022
Aceptado: 29-04-2022

Palabras clave: mujer, cautiverio, animalidad, deshumanización

Resumen

Este trabajo se centra en *La apropiación* (2014) de Ignacio Apolo y en *Cautivos* (2018) de Cecilia Pagani, con el fin de explorar posibles significaciones del cautiverio femenino en la narrativa argentina contemporánea. Nuestro objetivo es establecer un paralelo entre la cautiva contemporánea y la cautiva mítica –configurada por los textos de la colonización y del siglo XIX–, para observar ejes de sentido que permitirían pensar en una continuidad de los dispositivos de poder que subyugan el cuerpo femenino.

Consideramos que los textos de Apolo y de Pagani permiten reflexionar sobre un eje simbólico que entrecruzaría la literatura argentina desde los primeros tiempos, y que consistiría en concebir al cuerpo femenino cautivo como eminentemente fronterizo, a medio camino entre lo natural/animal y lo civilizado/humano.

Key words: woman, captivity, animality, dehumanization

Abstract

This work focuses on *La apropiación* (2014) by Ignacio Apolo and *Cautivos* (2018) by Cecilia Pagani, in order to explore possible meanings of female captivity in contemporary Argentine narrative. Our objective is to establish a parallel between the contemporary captive and the mythical captive –configured by the texts of colonization and the nineteenth century–, to observe lines of meaning that would allow us to think of a continuity of the power devices that subjugate the female body.

We consider that the texts of Apolo and Pagani allow us to reflect on a symbolic axis that would intersect Argentine literature from the earliest times, and that would consist in conceiving the captive female body as eminently border, halfway between the natural/animal and the civilized/human.

Introducción

Desde los textos de Ruy Díaz de Guzmán y de Esteban Echeverría, los relatos sobre cuerpos femeninos en cautiverio sobresalen en la literatura argentina por sus vínculos con problemáticas esenciales, como la identidad nacional y los alcances de la dupla civilización-barbarie. En los últimos años, a la par de narrativas que proponen reversiones de la cautiva mítica, se destacan aquellas que presentan figuraciones de otras formas de raptó y apropiación del cuerpo femenino, como es el caso de las presas políticas o las víctimas de trata de personas.

El presente trabajo se centrará en dos novelas recientes: *La apropiación* (2014) de Ignacio Apolo, y *Cautivos* (2018) de Cecilia Pagani. En ambos textos, las protagonistas sufren raptó y encierro, a la vez que atraviesan un proceso de deshumanización propio de las múltiples configuraciones de la otredad a lo largo de la historia y de la literatura argentina.

Nos proponemos explorar, en estas dos novelas, los procedimientos de animalización y des-humanización del cuerpo femenino cautivo. A tal fin, contrastaremos ambos textos con algunos de los principales elementos vertebradores de personajes y espacios vinculados a la cautiva mítica, haciendo foco especialmente en el poema *La cautiva* (1837) de Esteban Echeverría. Consideramos que las producciones de Apolo y de Pagani se inscriben en una serie literaria capaz de dar cuenta de la existencia, desde los inicios de la historia del país y hasta la actualidad, de una representación del cuerpo de la mujer como digno de ser apresado, acallado y violentado. Por otra parte, creemos que estas novelas permiten reflexionar sobre un eje simbólico que entrecruzaría la literatura argentina de cautiverios y que consistiría en concebir al cuerpo femenino cautivo como eminentemente fronterizo, no solo desde su dimensión política y socio-histórica sino desde una perspectiva más abarcadora, que redefiniría lo natural y lo propiamente humano.

Cuerpos cautivos y animalizados

En Argentina, desde los tiempos de la conquista y de la colonización, lo animal sirvió para descalificar y estigmatizar al otro. En el siglo XIX, los procesos de configuración nacional ahondaron en la dicotomía entre civilizados y salvajes, a partir de asociaciones entre el indígena y lo animal. Por su parte, la mítica cautiva blanca fue concebida como Otro¹ no solo por su condición de mujer sino, como afirma Cristina Iglesia (2003), porque representó la fisura entre una cultura y la posibilidad de su destrucción o conservación.

¹ Usamos "Otro" con mayúscula para circunscribirlo a la idea de Todorov, quien sostiene que la conquista y el descubrimiento de América operan a favor de la construcción del Otro como una abstracción del propio Yo.

En efecto, la primera cautiva de la que se tiene registro es Lucía Miranda, personaje que aparece en *Historia argentina del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata* (1612) –más conocida como *La Argentina*–, de Ruy Díaz de Guzmán, cronista mestizo. Lucía Miranda se consagra como el personaje femenino que instaaura las características fundamentales con las que luego se presentaría al resto de las cautivas: mujer joven, blanca, generalmente perteneciente a la élite, que sufre secuestro por parte de un indio.

Será Esteban Echeverría, con su poema *La cautiva* (1837) y a través del personaje de María, quien seguirá la línea semántica de Ruy Díaz de Guzmán en torno a la instauración de la cautiva blanca como cuerpo femenino que el salvaje usurpa a los civilizados. Se establece entonces la delimitación concreta entre dos mundos: el civilizado blanco y el bárbaro indígena; los “nuestros” y el enemigo (el Otro).

Tanto Lucía Miranda como María son cuerpos femeninos jóvenes y bellos que despiertan el deseo del bárbaro y lo inducen al rapto, generando así un conflicto entre límites socio-culturales y territoriales. Figura erótica, peligrosa, indefinida con respecto a su pertenencia tanto al grupo civilizado como a la denostada barbarie, teñida de desconfianza, de sospecha, de culpa, de lo que se desea pero se recela a la vez, la cautiva es un sujeto abyecto.

Por lo expuesto, nos interesa pensar *La apropiación* (2014) de Ignacio Apolo y *Cautivos* (2018) de Cecilia Paganí como reactualizaciones del mito de la cautiva, a partir de la consideración del cuerpo femenino como núcleo simbólico cuestionador de límites fijos entre dicotomías. A tal fin, abordaremos la idea de cuerpo cautivo en consonancia con la concepción de “vida precaria” propuesta por Judith Butler (2006), los aportes de Gabriel Giorgi (2014) sobre los vínculos entre animalidad, historia y política, y los trabajos de Cristina Iglesia (2003) sobre cautiverio femenino, a la luz de las significaciones de la frontera nacional.

La apropiación de Ignacio Apolo se centra en el vínculo entre una joven psicóloga y Caty, una niña sordomuda y con malformaciones físicas. La primera reacción de la protagonista al conocer a Caty es decisiva: “Caty, Catalina, eras un monstruo” (Apolo, 2014, p.7). El cuerpo de la niña se revela de entrada como extraño y distante de lo propiamente humano: “Caty aletea. Aletea como un pollo. No camina, no emite sonidos –no desde las cuerdas vocales, al menos–; solo un ruido de gárgaras y otro ruido, el del movimiento” (2014, p.9).

La psicóloga conoce a Caty en un taller de artes plásticas especializado en niños sordos, lugar al que llega con intenciones de buscar material para un futuro artículo de revista. El universo de los niños sordos y, en particular Caty, irá ganando su curiosidad y la protagonista extenderá su visita hasta finalmente integrarse al taller como aprendiz y

ayudante. Allí estrechará vínculos con un joven y enigmático profesor de arte, y accederá al conocimiento del entorno familiar de la niña.

El personaje de Caty se aparta de lo humano para acercarse a lo animal, no solo por sus rasgos físicos, sino por la ausencia de voz. Se vincula con los demás por medio de señas y de ruidos, cuestión que permite establecer un paralelo entre este personaje y las características atribuidas al Otro en los textos coloniales y decimonónicos de la literatura argentina. Baste con recordar que el poema *La cautiva* (1837) de Esteban Echeverría comienza con la descripción de un desierto en absoluta calma, "Solitario y taciturno/ Como el mar, cuando un instante/ El crepúsculo nocturno, / Pone rienda a su altivez" (Echeverría, [1837]2011, p.25), pero la paz primigenia se rompe por acción de los gritos del salvaje: "¿Quién es? ¿Qué insensata turba/ Con su alarido perturba/ Las calladas soledades/ De Dios, do las tempestades/ Sólo se oyen resonar?" ([1837]2011, p.29). De esta manera, el Otro aparece tempranamente definido como una "turba" salvaje, carente de lenguaje y de voz, solo capaz de emitir alaridos, gritos, ruidos molestos que empañan la calma.

A lo largo de *La apropiación*, se reflexiona sobre las condiciones para formar parte de la raza humana, entre las cuales se contaría, en primer lugar, el manejo del lenguaje. La protagonista asegura, en uno de sus escritos: "la sordera es una de las peores incapacidades, porque puede dejar al sujeto para siempre fuera de su humanidad" (2014, p.42). La niña no escucha ni habla, por lo tanto, no cumple con las condiciones necesarias para ser incorporada al mundo social ni para ser aprehendida como humana.

La protagonista se sorprende al enterarse de que Caty ni siquiera es considerada un ser humano por su propia madre. Durante una visita a su casa, encuentra a la niña conectada a una extraña máquina. Luego sabrá que la madre de Caty busca aislarla impidiendo que aprenda la lengua de señas y sometiéndola a estímulos por medio de imágenes desprovistas de sentidos. También descubrirá que la niña sí está en condiciones de aprender y pronunciar algunas palabras mínimas del lenguaje humano. Esa es la razón por la que el profesor de arte decide secuestrarla y enseñarle el código lingüístico a escondidas:

- ¿Por qué raptaste a Caty?
- *Lo sabés muy bien. Para separarla de su madre, y darle la Palabra².* (2014, p.172)

En consecuencia, podemos observar que en la novela se cuestionan las estrategias de opresión que se ejercen sobre la niña "monstruo" con el fin de anular su posible

2 En cursiva en el original.

humanidad y reafirmar, en cambio, su animalidad. *La apropiación* problematiza el binarismo ontológico humano/animal que, de acuerdo con Gabriel Giorgi, “apunta sobre todo a definir lo específicamente humano por oposición o segregación del animal o de lo animal” (2014, p.28).

Por otra parte, es significativo que el lugar elegido para el cautiverio de Caty sea el desierto sanjuanino, espacio geográfico que se fusiona simbólicamente con el desierto como lugar del cautiverio femenino por excelencia en la literatura argentina. El rapto y la apropiación de Caty son perpetrados, entonces, por su profesor, pero la niña es víctima de una apropiación anterior por parte de su propia madre. Darle la palabra o quitarle la palabra son acciones ejercidas desde afuera, siempre por los otros, los apropiadores. El cuerpo de Caty, cuerpo animal, monstruoso y silenciado, es un cuerpo nulo, inhabilitado para las decisiones propias y susceptible de sufrir apropiación.

Mientras la protagonista investiga huellas sobre el rapto de la niña, la trama novelesca se entrelaza con la situación de las prisioneras durante la última dictadura militar. Se sospecha que algunas personas del entorno cercano de Caty habrían sido víctimas o victimarios en los centros de tortura y que habrían reproducido estas prácticas en el cuerpo de la niña. En efecto, el profesor justifica su secuestro mostrándolo como un rescate, ya que Caty tiene marcas en los tobillos, señal de maltrato por parte de la madre. En su casa, la niña permanece atada y recibe estímulos con luces, a la manera de un animal que se pretende domesticar. Las huellas de la tortura en su cuerpo se asimilan a las huellas de las prisioneras luego de su paso por las cárceles y los campos de detención, al mismo tiempo que dan cuenta del trato deshumanizado que suele caracterizar a las diferentes formas del cautiverio. Por otra parte, la joven psicóloga también ve en Caty una nueva versión de los niños apropiados en dictadura, razón que la motiva a increpar al apropiador: “No podés asesinar así como así a sus padres y borrar por arte de magia la historia de la usurpación. Las marcas quedan” (2014, p.288).

En *Cautivos*, de Cecilia Pagani, una adolescente de provincia llamada Gabriela, de dieciséis años, desaparece de un día para el otro sin dejar rastros. Corren los años setenta y las sospechas caen inmediatamente sobre la misma joven y su familia. Las investigaciones se dilatan y se paralizan, ante la suposición de que Gabriela sea una rebelde de aquellas que se dejaban convencer por “alguno de esos barbudos de pelo largo que andan sueltos por ahí, cambiándoles la cabeza a los hijos bien nacidos” (Pagani, 2018, p.25). Así, en el contexto en el que ocurre la desaparición, esta joven está bajo sospecha y no es, en términos de Judith Butler, una vida que “merece un duelo” (2006, p.16).

Durante años se ignoran y se ocultan las evidencias de lo sucedido: Gabriela fue secuestrada por un hombre, pero no se trata de un civil sino de un miembro del Ejército. El cautiverio de Gabriela, en consecuencia, guarda similitudes con las apropiaciones y las torturas infringidas a las presas políticas en los centros clandestinos durante la dictadura militar. Al igual que ellas, permanece atada en una habitación mínima y sufre abusos continuos por parte de su secuestrador. Así, el cuerpo de la joven es anulado, delimitado como territorio adquirido: “Y él ordena que pare de llorar y él marca su territorio, clava sus estacas, la toma como se toma una casa propia” (2018, p.50). Este fragmento puede relacionarse con la metáfora de la posesión territorial desarrollada por la antropóloga Rita Segato, quien se refiere a los cuerpos de las mujeres como cuerpos-territorio, como “primera colonia” (2017, p. 19). Así, el encierro y las violaciones sufridas por la protagonista, formarían parte de una serie de mecanismos de disciplinamiento destinados a reforzar el poder del captor. Finalmente, Gabriela atraviesa un embarazo y, al igual que las víctimas de los centros clandestinos, concibe una hija que también terminará siendo propiedad de su secuestrador.

Además, en las ataduras de Gabriela se inscriben las huellas de lo animal: “Tiene adosada una arandela de metal a la que se engancha una cadena igual a la que le habían colocado al perro de la finca de su amiga Silvia” (2017, p.65). Otra de las características que define la animalidad del personaje es la ausencia de voz. La narración en la novela está dirigida principalmente por dos narradores; un narrador omnisciente y la perspectiva de la hermana de Gabriela, quien persevera, a través de los años, en la búsqueda de las pistas que le permitan clarificar la desaparición de su hermana. La focalización omnisciente describe los diferentes momentos del cautiverio de la joven, al mismo tiempo que se detiene en la voz del apropiador: “Te equivocás, pendeja. A mí nadie se me escapa” (2017, p.11); “¡Y ya basta! Que la corte, que deje de llorar” (2017, p.58). El relato reproduce las palabras del captor, un discurso basado en la violencia verbal y en la imposición de reglas sostenidas por la amenaza constante y la propagación del miedo. Sin embargo, la voz de Gabriela está ausente. Se sabe que hay momentos en que ella pregunta, pero sus palabras no aparecen transcritas. Ruega, grita, llora, gime. Pero no pronuncia palabra alguna; en su condición de cautiva, está imposibilitada de decidir sobre su cuerpo y también condenada al silencio.

Los procesos de animalización en *Cautivos* se relacionan así con el contexto socio-político, a través de las sospechas que recaen sobre la posible militancia de la “desaparecida”. Siguiendo a Gabriel Giorgi, en la literatura argentina “lo animal” funcionaría como un dispositivo para leer otros ordenamientos simbólicos. Giorgi parte de los principios de la biopolítica según Foucault, para afirmar que

(...) la cultura inscribió la vida animal y la ambivalencia entre humano/animal como vía para pensar los modos en que nuestras sociedades trazan distinciones entre *vidas a proteger* y *vidas a abandonar*, que es el eje fundamental de la biopolítica. (2014, p.9)

En este sentido, el cautiverio de la protagonista termina por anclarla en el plano de la ambivalencia entre lo animal y lo humano, condición que la vuelve existencia desechable, susceptible de abandonar.

Vidas precarias. El cuerpo femenino cautivo como frontera de la condición humana

Las novelas abordadas muestran vidas en situación de desprotección e inestabilidad. Siguiendo a Gilles Deleuze (1996), se trataría de existencias en constante “devenir”. En relación con este concepto, Deleuze acerca las entidades de mujer y animal cuando afirma que “mujer, animal o molécula contienen siempre un componente de fuga que se sustrae a su propia formalización” (p.5). De acuerdo con Gabriel Giorgi, en los personajes femeninos de *La apropiación* y *Cautivos* se observaría, entonces, no la oposición entre lo humano y lo animal, sino continuidad y ambivalencia entre los términos. En su condición de cautivas, Caty y Gabriela, las respectivas protagonistas, encarnan cuerpos fronterizos, de rasgos monstruosos y animales que, al mismo tiempo, manifiestan algunas características de humanidad. Esta condición ambigua las vuelve susceptibles de integrar el universo social, aunque sólo como seres susceptibles de anular y manipular.

Es relevante el hecho de que en *La apropiación* la víctima del rapto sea una niña, mientras que en *Cautivos* se trate de una adolescente. Las edades de Caty y de Gabriela las define tempranamente como entidades vulnerables ligadas al universo de la infancia y a la inevitable dependencia del adulto. Podríamos decir entonces que ambas se encuentran, desde instancias previas al secuestro, en situación de “precariedad”, en términos de Judith Butler (2010):

La precariedad implica vivir socialmente, es decir, el hecho de que nuestra vida está siempre, en cierto sentido, en manos de otro; e implica también estar expuestos tanto a quienes conocemos como a quienes no conocemos, es decir, la dependencia de unas personas que conocemos, o apenas conocemos, o no conocemos de nada. (p.30)

Por otra parte, la juventud también es un rasgo característico de la cautiva mítica, como se observa en un pasaje del poema de Echeverría: “Muchedumbre de cautivas/ Todas jóvenes y bellas” ([1837]2011, p.32).

Asimismo, tanto Caty como Gabriela, en sus respectivos cautiverios, están atadas. Los cables y las cadenas que fijan los cuerpos en un lugar determinado forman parte de un proceso de animalización que arrastra huellas de prácticas de cautiverio en otros contextos. Es frecuente la presencia de las ataduras en las ficciones sobre cuerpos femeninos vulnerados, ya que constituyen el rasgo común entre la mujer raptada, la víctima de trata, la presa política, la cautiva decimonónica y el animal.

La sujeción por medio de las ataduras se refuerza con la anulación del habla. Las niñas-mujeres que protagonizan estos relatos son cuerpos cautivos y acallados, imposibilitados de lenguaje. Su forma de conectarse con el mundo consiste en señas inteligibles, movimientos, gritos, llantos, pero la palabra está ausente. La incomunicación asociada al silenciamiento y al ruido se relaciona directamente con los mecanismos de representación del Otro en la literatura argentina y, en consecuencia, recoge las huellas semánticas de la configuración de la cautiva blanca decimonónica como un "Otro" fronterizo, incapaz de pertenecer al terreno de lo civilizado, pero también ajena al mundo bárbaro.

A manera de conclusión

Este breve recorrido nos permitió el acercamiento a dos novelas que interrogan, desde el presente, las significaciones del cuerpo femenino cautivo. Podemos decir, entonces, que las vidas de las protagonistas de ambas novelas se enmarcan en lo que Judith Butler (2010) llama "vidas precarias", es decir, vidas vulnerables, expuestas continuamente, sin autonomía propia y nunca merecedoras de duelo. Por otra parte, cuando Butler focaliza en el duelo selectivo, argumenta que en estos casos las vidas en cuestión no llegaron nunca a ser entendidas como tales: "una vida concreta no puede aprehenderse como dañada o perdida si antes no es aprehendida como viva" (p.13). Butler plantea que hay vidas "que no son del todo -o nunca lo son- reconocidas como vida" (p.17). Vidas precarizadas y nunca aprehendidas como vidas legítimas serían nociones que condicen con las características de las mujeres cautivas en estas novelas.

Por su parte, Cristina Iglesia señala que la cautiva es un cuerpo en movimiento, un cuerpo que atraviesa una frontera, alguien que añora volver a su lugar de origen pero que sabe, en el fondo, que si regresa será despreciada, porque el cautiverio ha dejado una huella en su cuerpo y en su identidad. La cautiva será siempre el símbolo del no lugar, del no estar, de la no pertenencia (2003, p.26). Por tal motivo, los orígenes de la cautiva la definen como sujeto de frontera, oscilante en ese espacio impreciso en el que se imbrican y se difuminan los límites entre territorios, culturas, razas, géneros. En las protagonistas de las obras abordadas podemos observar esta oscilación entre planos, aspecto determinante de una condición descentrada.

Las novelas *La apropiación* (2014) de Ignacio Apolo, y *Cautivos* (2018) de Cecilia Pagani, constituyen ficciones ancladas en nuevas figuraciones del cuerpo femenino cautivo que permiten repensarlo como cuerpo eminentemente inestable.

A medio camino entre lo civilizado y lo bárbaro, lo humano y lo animal, la mujer cautiva reactualiza el planteo sobre los límites, marcos y correspondencias vinculados a lo natural y se instala como entidad compleja y múltiple, dando cuenta de la pervivencia de su condición fronteriza.

Referencias

- Apolo, I. (2014). *La apropiación*. Interzona.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós.
- Deleuze, G. (1996). *Crítica y clínica*. Anagrama.
- Díaz de Guzmán, R. ([1612]1945). *La Argentina*. Espasa Calpe.
- Echeverría, E. ([1837]2011). *La Cautiva y El Matadero*. Gárgola.
- Giorgi, G. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Eterna Cadencia.
- Iglesia, C. (2003). *La violencia del azar. Ensayo sobre literatura argentina*. Fondo de Cultura Económica.
- Pagani, C. (2018). *Cautivos*. Metrópolis Libros.
- Segato, R. (2017). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Todorov, T. (2007). *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI.